

más que decepciones haciéndoles vivir en una estrechez vecina de la miseria.

Cuando Teresa se encontró sola, privada de su hijo, pero feliz al saber que estaba bien colocado, la fatiga triunfó de sus preocupaciones y de sus inquietudes por el porvenir.

A pesar de los gritos desgarradores que se oían de cuando en cuando y del ruido que hacían alrededor de ella, un sueño de plomo cerró los ojos; echó la cabeza sobre la almohada dura como una piedra, y se durmió hasta el día siguiente.

XVI

Un ricón del paraíso.

En otros tiempos producía un terrible espanto esta palabra; el presidio. Evocaba en seguida la idea de un recinto cercado por murallas que no se podían franquear y en cuyo dintel se dejaba la esperanza.

Capataces terribles, que tenían derecho de vida ó muerte sobre los penados que vigilaban; hombres separados del mundo, vestidos con la librea del crimen, atados por parejas trabajaban bajo el látigo del amo, como el buey de labor trabaja bajo el aguijón del mozo de labranza, he aquí lo que se veía allí.

Sin contar con la marca indeleble que hacía del penado un ser aparte sobre quien se grababa su infamia con hierro candente.

En este fin de siglo estamos por las dulzuras y hemos cambiado todas esas cosas.

Con raras excepciones, el valiente que asesina á un transeunte en los boulevares exteriores, pasadas las diez la noche, para despojarle de un reloj de níquel ó de una moneda de cinco francos que lleva en el bolsillo, paga con hacer un viaje de recreo en un barco del gobierno y vivir después en una isla en donde á menos de recomendación especial, el gobernador le recibe como á un amigo y se esfuerza por procurarle un buen rancho y algunas distracciones para dulcificar los aburrimientos del destierro.

Los asesinos están bien allí.

Y hasta podemos decir que están muy bien.

La mitad de los obreros del Sena se considerarían felices al ser trasportados á aquellas latitudes, con el apoyo del gobierno.

El mismo día en que Teresa de Montarón se separaba de su hijo, á eso de las cinco de la tarde, dos hombres se paseaban por el puerto de Noumea.

Eran el vizconde Felipe de Fleuse y Guillermo de Montarón; pero el hermano de Juan de Montarón, de acuerdo con su compañero de viaje, había juzgado oportuno cambiar de apellido, para no dar la voz de alerta á las autoridades respecto á sus proyectos.

El vizconde Felipe de Fleuse, capitalista en busca de alguna operación que intentar, personaje considerable por los cien mil francos de que era portador, hacía pasar á Guillermo por uno de sus parientes, aventurero como él y de su mismo apellido.

Aquel día los dos compañeros estaban preocupados.

Habían seguido el consejo del marinero de la cantina de Rochefort.

Después de la salida del transporte del Estado el *Garona* habían tomado el camino de Marsella, llegando allí en el momento preciso en que el vapor de las Mensajerías que hacía el servicio de Nueva Caledonia iba á partir.

Habían tomado pasaje en él, y después de una travesía feliz de treinta y cinco días habían desembarcado en Noumea.

El vizconde de Fleuse y su pariente, perfec-

tamente vestidos, alojados en el círculo, porque hay un círculo en Noumea que tiene hotel, habían sabido conquistarse en pocos días, con sus buenos modales, las simpatías de la mayor parte de los funcionarios y de los colonos.

Guillermo Montarón hablaba poco; pero el vizconde, espiritual, instruido, hablador como la mayor parte de los cazadores—ya sabemos que había sido toda su vida un ferviente discípulo de San Huberto,—sabía chascarrillos y anécdotas para hacer pasar agradablemente el rato muchas noches.

Hacía tres semanas que había desembarcado en Noumea y ya había encontrado medio de ponerse al corriente de lo que pasaba en la colonia, de sus recursos y de su porvenir.

Conocía sus costas, el interior, á los habitantes, á los presidiarios notables, á los industriales, á la guarnición y sobre todo á las autoridades civiles y militares.

De Fleuse tenía la Caledonia al dedillo. La había visitado á caballo, en barco, á pie y hasta en coche, allí donde había carreteras.

Había ido á Bourail, á Gamez, á Mandu, por todas partes en donde había un establecimiento.

Un patrón de una barca se había arreglado con él y había puesto la «embarcación» á sus órdenes, por la módica suma de veinticinco francos diarios.

Era una embarcación ligera, con la que se podía ir á la Australia y desembarcar en Sydney ó en Brisbane.

La tripulación se componía del patrón y de cinco marineros.

Bajo el pretexto de buscar terrenos que adquirir y visitar las costas de la isla, sus ensenadas, sus pastos y sus bosques, el vizconde y su compañero se habían hecho unos verdaderos navegantes.

Era indudablemente el mejor medio de conocer la Caledonia.

Pero ya su decisión estaba tomada.

Sus esperanzas de establecimiento se habían desvanecido.

Las exploraciones á que se habían entregado, con el interés de aventureros que corren tras la fortuna, habían tenido una conclusión desanimadísima.

Allí no había nada que hacer.

¡Nada!

Podía uno fijar su residencia en la isla y vivir bien en ella, pero no podía enriquecerse.

Si se trataba de minas, estaban concedidas á capitalistas de París.

Las mejores tierras estaban dadas ó vendidas «por nada» á privilegiados de la misma índole que se reservaban venderlas ó explotárselas á su elección.

Dos poderosas Sociedades habían acaparado un territorio enorme y se veían apuradas para salir adelante.

Los dos recién llegados estaban, pues, decididos á abandonar al gobernador, á sus comensales del círculo y á los amables oficiales de infantería de marina, que les habían hecho una cordial acogida; pero no decían nada y parecía que seguían buscando el medio de crearse una posición.

Los dos se entendían admirablemente.

Durante la larga travesía se habían unido de tal modo aquellos dos hombres, tan diferentes, sin embargo, en educación, que habían aprendido á conocerse el uno al otro.

El común destierro á que se condenaban voluntariamente, formaba entre ellos un lazo sólido que cada día se apretaba más.

Sabían apreciar mutuamente su fuerza de resistencia, su valor y el fondo de honradez que caracterizaba á los dos.

Aquel día sus reflexiones eran tristes.

En realidad lo que veían á su alrededor al pasearse por aquella capital de la deportación, no era para animar.

Nunca es ciertamente el sitio más estéril y peor de la Caledonia. Sólo su rada es soberbia.

En el mar, allá en lontananza, una especie de cinturón de rocas se eleva por encima de las aguas.

Estas rocas son de coral y constituyen la mejor defensa de aquella isla singular, en la que no es posible entrar más que por ciertos pasos muy conocidos por los pilotos.

La barca imprudente que navegara al azar, se destrozaría como un cristal contra aquella muralla natural, ó se iría á pique desfondándose al chocar con las puntas que surgen de todas partes.

El aspecto de la ciudad es poco agradable.

Una multitud de casas de madera formando calles tiradas á cordel; tejados de zinc, barracas, tiendas portátiles, alguno que otro jardín plantado de adelfas, y dominando todo esto el

palacio del gobierno, una barraca algo más grande que las otras, la casa del obispo y el hotel del comandante militar.

Todo alrededor pantanos, y el llano arenoso y lúgubre.

En las calles, funcionarios, pequeños comerciantes, casi todos penados cumplidos ó indultados; militares y canaques, hombres y mujeres, transformados en criados.

Y entremezclados hombres con blusa y pantalón de tela gris, sombrero de paja ó de junco, acompañando niños, con su cesta al brazo en busca de provisiones, ó con el zacho del jardinero al hombro.

Estos son penados transformados en lavanderos, en nodrizas, en cocineros ó en jardineros.

Nadie los desprecia por crímenes que la expiación borra y de los que, al cabo de algunas semanas, apenas se acuerda nadie.

Se les vé pescando con caña ó paseando tranquilamente con las manos en los bolsillos.

Y en el mercado una afluencia considerable de langostas, de pescados variados, de tortugas enormes, de frutas y de legumbres, entre las que dominan los ananás, que allí se crían silvestres como la hierba en los prados de Normandía.

Aquel día, la afluencia de ciudadanos en el puerto era más considerable que de ordinario.

La llegada de un paquebot que viene de la madre patria, es siempre un acontecimiento importante para una colonia.

El *Garona* debía haber llegado hacía dos ó tres días.

Se había retrasado.

El zueco, como le había calificado el individuo de la cantina de Rochefort, no desmentía su enojosa reputación.

Pero todo tiene su fin.

A cosa de las tres, un pescador que había entrado por los pasos de San Vicente, afirmaba haber distinguido en el horizonte un barco que, á juzgar por sus dimensiones, no podía ser otro que el *Garona*.

La noticia, que se esparció en seguida, vació las casas de la ciudad.

La primera persona de alguna importancia que se unió al vizconde de Fleuse y á Guillermo en el puerto, fué un hombrecillo de unos cincuenta años, de aspecto jovial, bien puesto, con traje de verano, un terno de rayadillo, sombrero de paja y bastón.

Examinó un momento los barcos de pesca que estaban anclados, un aviso del Estado que iba y venía por la rada, y después se acercó á los dos amigos, á quienes saludó con mucha cortesía y preguntó:

—¿Son ustedes los señores que han llegado de Francia hace unos días?

—En efecto, caballero—contestó el vizconde;—¿y vos?

—Yo también he venido de allí; pero hace mucho tiempo...

Dijo su nombre.

Los dos compañeros se estremecieron ligeramente.

Su nombre era el de un célebre envenenador.

—Soy farmacéutico en la ciudad—añadió.—Tal vez hayáis visto mi laboratorio y mi almacén en la calle de Solferino.

—En efecto. ¿Y lo pasáis bien en Noumea?

—Soy uno de sus primeros colonos y no lo paso mal; de todos modos, tendría que conformarme, porque no tengo más remedio que estar aquí.

—¡Ah!

—Sí, fui condenado á quince años de trabajos forzados y me indultaron al cabo de los diez meses. Necesitaban de mis servicios... Antes de mi accidente era farmacéutico en París. Tal vez hayáis oído hablar de mi asunto. Tuvo una cierta resonancia.

—Puede ser.. ¿Qué fué lo que hicisteis?

—¡Oh! nada de extraordinario... Mi mujer tenía un amante... Ese amante era uno de mis amigos... Como sabéis, siempre suceden así esas cosas. Un día les serví en el desayuno, en una taza de excelente moka, unos polvos compuestos por mí. Yo contaba con que no se descubrirían las huellas... Me equivoqué... Todo el mundo se equivoca... Murieron. Empezaron las persecuciones, la detención, el informe de los peritos, la condena y el transporte á la Nueva Caledonia... Al cabo de seis meses estaba ya establecido en la mejor calle y tenía la clientela de toda la buena sociedad, incluso el gobernador. Como os he dicho, me indultaron. Ejercí mi profesión tranquilamente. En estos momentos no hay enfermos... El clima es muy sano...

—¿No deseais volver á Francia?

El farmacéutico movió la cabeza.

—Ya me he habituado á esto. Además, cuando es uno indultado ó ha concluído el tiempo de condena, todo lo que gana es la libertad... No puede abandonar la isla... Es preciso quedarse aquí... No se está del todo mal en ella.

Guillermo Montarón pensaba en su hermano.

Cumplidos los diez años porque había sido condenado, debería pasar el resto de su vida lejos de los suyos.

Dirigió una mirada de inteligencia á su compañero.

El vizconde sonrió.

Su plan estaba ya trazado.

El farmacéutico continuó:

—Si uno quiere escaparse, no es tan difícil. Con un poco de astucia se consigue. La costa de Australia no está lejos. Lo importante es tener un poco de metal en el bolsillo.

Extendió la mano hacia las barracas del puerto.

—Para escapar, basta entenderse con el patrón de uno de esos barcos. Franqueados los estrechos en una pequeña embarcación, en una simple cáscara de nuez, un pescador con un pedazo de lona y algunas provisiones, os conduce adonde queráis en pocos días. Sería raro que os dieran alcance. Lo penoso es salir de los arrecifes de coral de que la isla está rodeada. Yo, si hubiera querido, hace tiempo que hubiera tomado el portante, pero no quiero; me encuentro bien aquí.

Se interrumpió:

—Me han dicho que sois capitalista y que venís para estableceros en el país. No es eso lo que aquí os trae supongo yo, ¿eh?

—Sí.

—¿Queréis ganar mucho dinero?

—Por todos los medios posibles, decorosos, se entiende.

El farmacéutico movió la cabeza.

—No lo hay,—dijo.

—¡Bah!

—Como os lo digo.

—La isla es fértil, sin embargo.

—Sin duda alguna. La ciudad es la sola excepción de la regla.

Mostró con el dedo ensayos de jardines, embriones de plantaciones de arbustos, de cocoteros, y repuso:

—Ya veis lo que aquí puede hacerse; pero á una cierta distancia encontraréis una vegetación soberbia, predios interminables, bosques frondosos. También hay minas de cobre, de níquel, y ¿quién sabe? tal vez haya de oro. Con un poco de industria, puede bastarse por sí sola para mantener á sus habitantes. En ciertos sitios los cafetales prosperan y el tabaco es excelente.

—Luego puede hacerse algo—objetó de Fleuse.

El farmacéutico tuvo una sonrisa equívoca.

—Algo, si—dijo,—pero no fortuna. Todos los que lo han intentado han tenido que recoger velas...

—¿Por qué?

—Por mil razones difíciles de explicar. Los

unos por falta de dinero, los otros por falta de valor, todos por falta de paciencia. Se necesitan años de perseverancia, y en nuestros días queremos enriquecernos en pocos meses. Si no se tratase más que de vivir, es otra cosa. Miradme á mí: yo vivo de mi profesión, de mis clientes, vivo bien y vivo con poco. No se puede ser exigente en un país nuevo como este. Un chalet de montañés, una habitación para dormir, un mosquitero para evitar las picaduras de una infinidad de animalitos, algunos sueldos para ir á la compra, y está uno corriente. El mejor oficio es el de prestamista. ¿Queréis dedicaros á él?

—No.

—Pues bien, para los otros hay las dificultades que os he dicho. Faltan brazos. ¿Queréis la prueba? Mirad.

Desde hacía algunos instantes, había en el puerto un gran movimiento.

La llegada del *Garona* no era ya solamente una esperanza, una probabilidad. Era una certeza.

Del otro lado del estrecho de Dumbea se veía distintamente un largo rastro de humo negro.

Una procesión de autoridades se acercaba y algunos colonos bien vestidos, ingenieros ó grandes propietarios, rodeaban á un personaje evidentemente más importante que los otros.

—El gobernador—dijo el antiguo forzado—designando á un caballero joven, muy vivo, que iba al lado de aquel jefe y hablaba con animación.

Y añadió:

—Ese es el director de Mandu, un antiguo oficial, buen muchacho, muy inteligente y espiritual. Viene á hacer su elección en el convoy del *Garona*. Le dan hombres para sus ingenios y sus fábricas. También se los dan á Gomen y á los demás industriales.

Les explicó que Mandu era el establecimiento más importante de la isla; que se criaban allí una cantidad enorme de reses; que además la sociedad compraba otras en la colonia y fabricaba conservas para el Estado; que á pesar de todo, sus negocios no marchaban muy bien; que los condenados que tenían la suerte de ir á Mandu eran mejor tratados que los otros; que estaban bajo la custodia de un solo vigilante y que tenían todas las facilidades imaginables para evadirse.

En aquel momento hubo un pequeño alboroto entre la abigarrada multitud que cubría el paseo del puerto.

Los penados, vestidos de tela gris, los chiquillos que hacían estanques ó construían reductos en la arena, los tenderos, los periodistas—porque en Noumea se publican dos periódicos, *La Caledonia* y *La Francia Austral*—y los mismos funcionarios lanzaron un grito:

—¡Ahi está!

Era el *Garona*, en efecto.

Había franqueado el estrecho bajo la dirección de un piloto y avanzaba con una majestuosa lentitud por la rada hacia el puerto, donde no entró hasta la puesta del sol.

En el momento del desembarque hubo cierto desorden.

Unos cien forzados, pálidos, estenuados, de cara brutal, innobles la mayor parte, desfilaron por delante del gobernador y los oficiales superiores encargados del mando de la colonia.

El director de Mandu presenciaba el desfile y designaba los condenados que le convenían.

El vizconde y Guillermo se habían aproximado tanto como se lo había permitido la apiñada multitud.

Juan Montarón apareció uno de los últimos. Estaba delgado, feroz, sombrío.

Aquella travesía de dos meses entre compañeros que le horrorizaban, bajo la disciplina de á bordo y el látigo por decirlo así, de los vigilantes, había agriado profundamente su carácter altivo é indómito.

Cuando vió á su hermano, cuya mirada le ordenaba el secreto, su rostro varonil se trasfiguró.

Una sonrisa asomó á sus labios y su paso se hizo más seguro y más franco.

—¡Buen mozo!—dijo el director de Mandu—y que me conviene. ¿Me quedo con él, señor gobernador?

—Como queráis.

—Convenido.

Se dirigió al condenado.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó.

Juan, antes de contestar, se volvió hacia su hermano.

Guillermo le aconsejó con una guiñada que contestara.

Esta seña fué imperceptible.

—Juan Montarón—contestó el penado.

—¿Qué habéis hecho?

El gobernador contestó por él:

—Se trata de un crimen pasional, un asesinato... asunto oscuro... Es un condenado interesante.

—Me quedo con vos. No seréis desgraciado con nosotros. Iréis á Mandu dentro de dos días... el tiempo necesario para llenar las formalidades.

Juan Montarón no contestó.

Se inclinó.

El vizconde y Guillermo habían recogido con desdén aquellas palabras.

El vizconde se acercó al director de Mandu, á quien había conocido en el círculo.

—Hacéis una buena adquisición—le dijo.

—¡Ya lo creo!

Terminada la presentación, la columna de condenados dió media vuelta.

Pero en el momento en que atravesaba por entre la multitud, en la oscuridad que iba espesándose, Juan se sintió cogido por un brazo y una voz le dijo con rapidez al oído estas palabras:

—Véte á Mandu... Allí, observa todo. Estamos aquí por tí... Te sacaremos... Estáte alerta día y noche.

Al mismo tiempo una mano buscaba la suya y la estrechaba enérgicamente.

Era la de su hermano.

XVII

Encuentro.

El cinco de mayo, á cosa de las ocho y media de la mañana, una joven muy aseada, se presentó en la administración de correos de la calle de Juan Jacobo Rousseau y preguntó con timidez á un empleado que pasaba:

—La lista de correos, ¿me hacéis el favor, caballero?

—Allá, al rincón... ¿veis?

La voz de la joven estaba ligeramente conmovida.

Era que se encontraba en un estado de ansiedad horrible.

Era Teresa Montarón, pero Teresa muy pálida todavía, como una convaleciente que acaba de salir de una larga enfermedad.

Sus recursos estaban agotados y la carta que iba á buscar era su salvación, por decirlo así, y la del pequeño Rolando á quien tanto quería.

En el momento en que entró en la sala que le había indicado el empleado, un cierto número de personas hacían cola en las taquillas hablando con los empleados.

Sobre uno de los ventanillos leyó un rótulo que decía:

VÁLORES

Allí no esperaba nadie.